

que él nos recuerda y que reproduce por modo maravilloso en nuestros altares.

Recuérdanos, en primer lugar, los *misterios de Belén y de Nazareth*, porque el Verbo divino que encarnó una sola vez en el seno purísimo de María, encarna todos los días en todos los lugares del mundo donde haya un sacerdote que pronuncie sobre un poquito de pan y de vino las palabras de la consagración.

Porque el Verbo divino, que tomó carne pasible y mortal por nuestro amor, toma en el Santísimo Sacramento carne gloriosa, inmortal é impassible, llevando al exceso el incendio sagrado de sus amores.

Porque el Verbo divino hecho carne, prisionero amoroso en las entrañas virginales de María, quiso también quedarse prisionero en nuestros tabernáculos, y como circunscrito á los pequeños límites de una hostia, y en cada una de las partículas de dicha hostia.

Porque el Verbo divino hecho carne, que humilde quiso nacer en una pobre gruta y ser reclinado en el pesebre, dignase ahora, por decirlo así, nacer humildísimo en el altar entre las manos del sacerdote (1).

15. Pero la sagrada Eucaristía nos recuerda también los *misterios del Calvario*, ya porque Jesucristo se inmoló una sola vez en la cima del Gólgota, y en nuestros altares se inmola todos los días y todas las veces que se celebra la santa Misa, ya porque allí lo

(1) Por la razón natural puede mostrarse la *conveniencia* de la Eucaristía. Al efecto, suelen considerarla como complemento de la Encarnación diciendo: «Es propio de la bondad divina comunicarse de todas las maneras.»

Fué conveniente que Dios comunicara á la naturaleza humana su divinidad en la Encarnación; y también lo fué que aquella humanidad divinizada se comunicara á cada uno de los hombres en particular por la Eucaristía. Así como la naturaleza humana de Cristo existe por modo inefable en el Verbo, y el Verbo en ella, así el que recibe dignamente la Eucaristía permanece de un modo singular en Cristo, y Cristo en él.

Obra fué digna de la divina *sabiduría* reunir en un solo Sacramento un como compendio de todas sus maravillas, y de todos sus dones y beneficios, especialmente de los que nos confirió por la Encarnación del Verbo.

Obra fué digna de la divina *omnipotencia*, manifestar en la Eucaristía una como perfección y consumación de todas sus divinas obras.

Obra fué digna de la *misericordia* de Dios, dejarnos en el augusto Misterio eucarístico un auxilio efficacísimo para obtener el incremento y perfección de las virtudes, en especial de la fe, esperanza y caridad.

Obra fué digna de la *bondad* del Señor dejarnos en el Sacramento del altar un ejemplo y modelo perfectísimo de todas las virtudes morales, particularmente de humildad, pobreza, mansedumbre y paciencia. (Suárez: Disput. 46, sect. VII, toda ella *De Eucarist.*)

hizo de una manera sangrienta, y aquí nos reservó hacer realmente la misma inmólación sin derramamiento de sangre.

Recuérdanos, por último, el Señor sacramentado los *misterios del cielo*; puesto que al modo que Jesucristo en las mansiones de la gloria es el gozo de los elegidos, y vive con ellos y en ellos, y juntamente ellos viven con El y en El: así también Jesucristo en la Eucaristía es el regocijo de las almas puras, y les comunica su misma vida, y El vive en ellas, y ellas en El, y en verdad pueden decir con San Pablo: *Vivo yo, mas no vivo yo, es Jesucristo quien vive en mí.* (Galat., II, 20.)

He aquí cómo el Santísimo Sacramento inunda nuestros pobres corazones con raudales de consuelos, poniéndonos continuamente á la vista de los inefables misterios de Nazaret, de Belén, del Calvario y del cielo, y haciéndonos entrar como en posesión anticipada del soberano Señor de cielos y tierra, que se complace en embriarnos con sus dulzuras y hacernos más llevaderas las miserias de este destierro, hasta que llegue el momento suspirado de entrar para siempre en los deleites inefables de la patria celestial.

16. ¡Cuán desdichados son los hombres que carecen de la fe en este divinísimo Sacramento! Sería cosa de morir de pena si nos arrancaran del corazón tan dulce y consoladora verdad. «El tiempo de la visitación del Hijo de Dios y de sus generosos sacrificios—dijo el P. Monsabré (Confer. 69)—¿habría de cerrarse definitivamente con el doble triunfo de la Resurrección y Ascensión, para no vivir más que en la memoria de los cristianos, resignados á no comunicar en adelante con la persona y los méritos de Cristo, más que por la fe? Herético fuera el sostenerlo. Únicamente dentro de la herejía cabe suponer que la amorosa constancia de las comunicaciones divinas parase en cruel ausencia; y la herejía, al discurrir así, se olvida que el amor, sea divino, sea humano, es siempre una fuerza que tiende enérgicamente á la unión con el amado.»

17. ¡Oh corazón sacratísimo de Jesús en la sagrada Eucaristía! ¿Qué comparación podremos poner para haceros amable á los hombres que no os conocen? Si decimos que sois memorial perenne de todas las perfecciones divinas ejercitadas en favor del hombre, es poco, pues se extiende á mucho más vuestro amor. Si decimos que sois el centro donde convergen toda la Religión, todo el dogma y toda la moral, es poco, porque sois infinitamente más. Si decimos que vuestra vida eucarística nos recuerda y reproduce por inefable manera los misterios de Belén, del Calvario y del cielo, aún es poco, porque Vos sois el Autor, y la esencia de esos misterios. ¿Qué diremos, pues?

¡Oh corazón benignísimo de Jesús! No hay lengua en lo humano para expresar las regaladas finezas de vuestro amor en el Santísimo Sacramento. Sois piélago infinito de todas las gracias y bendiciones del cielo, y á la manera que *todos los ríos entran en el mar, y el mar no rebosa, tornando dichos ríos á unirse al principio de donde salieron, para correr de nuevo* (1), así, corazón divino, todas las gracias que enriquecen á nuestro pobre corazón vienen de vos, y á vos las encaminamos como á su fuente y centro; sois abismo sin fondo de todos los bienes, y nuestro corazón es abismo de todas las miserias; pero escrito está que *un abismo llama á otro abismo*; y así nuestro corazón se abisma en el vuestro ¡oh Jesús sacramentado! y entrando de lleno por la abertura de vuestro pecho, que hirió la lanza, nos esforzaremos en comprender cuál sea *la longitud, la anchura, y la sublimidad y la profundidad* del amor inmenso y de la bondad sin límites que á todos nos prodigáis en el Sacramento de vuestro amor. ¡Bendito sea una y mil veces el Señor sacramentado! ¡Bendito sea ahora y siempre por los siglos de los siglos! (2).

(1) Omnia flumina intrans in mare, et mare non redundat: ad locum, unde exeunt flumina, revertentur, ut iterum fluant. (Ecl., I, 7.)

(2) Sobre la grandeza del banquete eucarístico, véase nuestra obra *La Vida feliz*, tomo IV. De la sagrada Comunión.

CAPÍTULO XX

Lecciones de la Eucaristía.

1. El Corazón de Jesús, espejo de todas las virtudes.—2. Espejo de tres géneros.

EL Corazón sacratísimo de Jesús, ardiendo de amor en el Santísimo Sacramento, es *espejo purísimo de todas las virtudes*, propuesto á nuestra consideración para mirarnos en él y notar nuestras faltas y quitarlas é imitar las perfecciones divinas que en la Eucaristía por modo eminente resplandecen.

Tres especies de espejos suelen usar los hombres: unos *planos*, otros *cóncavos* y otros *convexos*. Los *planos* reflejan en nuestros ojos los objetos tales como son en sí; los *cóncavos* presentan lo grande y lo pequeño en sentido inverso; los *convexos*, que también son llamados *ustorios*, reconcentran en su interior los rayos solares y que man y abrasan los objetos presentes, haciéndolos arder en grandes llamas. ¿Cómo es espejo el Corazón de Jesús en la sagrada Eucaristía?

2. El santísimo y divinísimo Corazón del Salvador del mundo en la Hostia consagrada es, en lo moral, espejo purísimo y lucidísimo de los tres géneros indicados. Espejo *plano*, que jamás engaña, que presenta á los que en él se miran sus manchas y defectos tales como en sí son, enseñando al mismo tiempo de qué manera pueden quedar limpios, puros y santos.

Es además espejo *cóncavo*; pues ¿qué cosa hay más inversa y paradójica á nuestros sentidos que ver un *Dios hombre*, un *Dios que nace, que padece, que es crucificado, que muere, que se anonada* bajo la apariencia de una pequeñísima partícula de pan, quedando invisible su divinidad y su humanidad sacrosanta?

Es, sobre todo, el Corazón de Jesús sacramentado un como espejo *convexo*, ó sea *ustorio*; pues así como este género de cristales